

Corín Tellado

• NO SE LO DIGAS A ELLA •



Ernest Nesbitt es joven, audaz, enormemente atractivo y posee un inigualable historial de seductor. Aunque malgastó la herencia familiar, no hay mujer que se le resista ni negocio del que no salga triunfante. Pero ha encontrado la forma de no trabajar más.

Cuando llega a Hastings para visitar a su amigo Frank, un honrado médico y padre de familia, le comunica sin rubor su plan: buscar una muchacha rica y casarse. Ernest no puede dar crédito de su suerte cuando su amigo le presenta a una de sus pacientes, Maud Brooks, quien parece estar hecha a la medida de su ambición. Es alegre, apasionada, heredera de una gran fortuna y está condenada a morir por una incurable enfermedad del corazón. Sin embargo, el deshumanizado Ernest no ha calculado los cambios que el suyo propio va a experimentar.

Uno

Vamos, vamos, Ernest, no exageres. Hablándome de ese modo me pareces bestial. Los sentimientos cuentan, ¿no? Al menos, yo opino que deben contar.

Frank hablaba y miraba en torno suyo.

Apenas si detenía la vista en el rostro de su amigo Ernest.

¿Cuánto tiempo hacía que él no veía a Ernest? Mucho. Pero le gustó verlo. Le emocionó incluso encontrarlo en Hastings, después de casi cuatro años.

Él y Ernest Nesbitt fueron siempre grandes amigos, íntimos amigos ya desde la infancia. Vecinos en aquel elegante barrio londinense, asistieron juntos al colegio secolar, donde cursaron el bachillerato. Más tarde pasaron a la universidad. Él terminó medicina, pero, por lo visto, Ernest no terminó nada.

Por eso él le llamaba bestial. Ernest contaba cada cosa que dejaba a uno temblando.

—Siempre fuiste un niño mimado —continuó Frank, mirando ahora detenidamente a su amigo—. Tuviste mucha suerte, Ernest. Alguna vez me dije para mí, si tendrías tú razón al tomar la vida en broma. Yo, la verdad, la tomé en serio.

—Ji —rio Ernest, al tiempo de encender un largo cigarrillo, del que fumó con deleite—. Si un día tomo la vida en serio, me muero. Aunque, te repito, aunque me llames bestial, que estoy tratando de tomarla, pero de la forma que te dije —se inclinó sobre el tablero de la mesa. La cafetería se llenaba más de clientes a aquella hora avanzada de la tarde—. Esta vez voy a sentar la cabeza.

Frank bostezó.

Tenía demasiadas preocupaciones para pensar en serio en lo que decía su amigo.

Tan pronto miraba hacia la barra donde se apiñaba un grupo de jóvenes, como miraba la lámpara que pendía del techo, como posaba los ojos cansados en el rostro resplandeciente de Ernest.

Suerte que tenía Ernest.

Siempre fue así. Despreocupado. Holgazán, perezoso.

Pero formidable. Él hubiera querido haber tomado la vida a broma como Ernest la tomó. Haber disfrutado tanto como seguramente Ernest disfrutaba. Tener una docena de novias cada semana, y dejarlas tranquilamente.

Pero no. Él estudió la carrera de médico, se especializó, se casó en seguida, tuvo seis hijos y trabajaba sin cesar. Ciertamente consiguió fama, pero... ¡a costa de no pocos sacrificios!

—O sea, que no has terminado carrera alguna —insistió Frank.

Ernest se echó a reír.

Tenía una risa contagiosa.

Una mirada azul vivísima. Un cabello rubio oscuro resplandeciente, peinado con la mayor corrección. Vestía a la última. Llamativo y deportivo, y sus dedos eran tan finos, que a Frank hasta le daba miedo, pensando que un día Ernest tuviera que someterlos a duros trabajos.

Pero no. Ernest decía en aquel instante.

—Yo opino que las carreras universitarias no sirven la mayoría de las veces, más que para dar disgustos y para

romperte la crisma; ¿sabes que yo, cuando gasté la herencia de mis padres, me dediqué a los negocios?

Frank le miró burlonamente.

—¿Drogas?

—No seas burro. Coches. —¿Coches?

—Sí, coches. Compró y vendo coches, como compró y vendo relojes, si se terciá. Gano en una semana dos mil libras, pongo por caso, y, durante otras dos semanas más, me dedico a viajar, conocer gente, buscar lo que te dije. Una mujer rica.

—Bestia.

—Rica, sí. Pienso casarme con una chica rica. Y viviré como un rey. ¿El cariño? ¡Qué bobería! El caso es encontrar la forma de no trabajar. Me descompone el trabajo. Estoy cansado de vender autos, de vender casas, de vender relojes y de vender lo que sea. Incluso hubo una temporada que me dediqué a vender joyas. ¿Qué me dices? Ah, y eso siempre desenvolviéndome en un mundo selecto, con el fin, fíjate bien, de encontrar una muchacha de buena familia, heredera de una saneada fortuna, que me mantenga.

—Eres un...

Ernest le atajó riendo.

—No lo digas. Guárdatelo para ti. ¿Sabes por qué estoy estos días en Hastings? A tomar baños de sol y, de paso, moviéndome entre la alta sociedad, posiblemente me case con una rica que además me guste. Eso puede ocurrir.

—Y cuando gastes su fortuna, te divorciarás y en paz —rio Frank a su vez.

—Nadie se acerca aquí a servirnos —farfulló Ernest—. Iré yo a buscar dos *whiskys*. ¿Con soda, Frank?

—Bueno. Pero dispongo de poco tiempo, ya sabes. He de subir al hospital antes de dos horas.

—Después de tanto tiempo sin vernos... En seguida estoy contigo.

Al ponerse en pie, Frank pudo apreciar una vez más el elegante estilo de su amigo Ernest. Siempre fue así. Distin-

to a todos los demás. Alto, firme, esbelto. Con una elegancia natural...

Frank sonrió.

Él siempre apreció mucho a Ernest. En el fondo, y pese a sus múltiples ambiciones, era una gran persona. Lástima que se aficionase tanto a la buena vida, que los estudios no le tentasen, y que tuviera unos padres tan blandengues.

Eso fue. Los padres. Tanto le mimaron que cuando quisieron darse cuenta, se murieron sin que Ernest estudiase una carrera.

Y ahora, le salía con que pensaba casarse con una chica rica... Las chicas ricas no abundaban, y las que había, por lo regular, buscaban maridos ricos como ellas.

Pero se alegraba de haberse topado con Ernest.

Tenía que invitarlo a casa y presentárselo a Norma.

Norma le había dado seis hijos y no era rica. Rico se hizo él a fuerza de cortar órganos y todo lo que se le pusiera por delante.

Ernest ya regresaba con los dos *whiskys*.

—Todo. Para que veas que me acuerdo. Tú con hielo y sin agua, y yo con soda y sin hielo.

—Me alegro de haberte encontrado, Ernest. Oye, ¿irás a cenar esta noche a mi casa? Tengo ganas de que conozcas a mi mujer. Cuando me casé y te busqué para que fueras a mi boda, te habías ido a las Bermudas.

—Me pego una vida padre —dijo Ernest divertido—. Soy un tío con suerte.

En aquel instante, de súbito, dijo Frank.

—Perdona.

Y se puso rápidamente en pie.

Ernest pudo observar que una joven, que aparecía en medio de un nutrido grupo de jóvenes, se destacaba de este y se acercaba al cirujano.

—Frank —dijo— no me has mandado el diagnóstico.

—Perdona, Maud... No tuve tiempo. Te aseguro que de hoy no pasa. Oye... ¿por qué no pasas mañana por mi clínica?

Ernest miraba a uno y luego al otro.

Frank parecía muy interesado en ser amable con aquella chica. Y la chica en cuestión, si bien no era guapa, tenía no sé qué. Y, sobre todo, lucía un brillante en un dedo, que calculando su valor, casi le cuesta un soponcio.

Era fabuloso.

Vestía a la última. Iba de *sport*, con un estilazo imponente.

—Trataré de ir el sábado —decía en aquel momento—. Te doy mi palabra. Pero ya estoy preocupada, Frank. Después de tratarme durante tanto tiempo...

Ernest, a todo esto, había considerado correcto ponerse también en pie. Frank se percató de ello y dijo:

—Oh, perdona, Maud. Te presento a mi amigo Ernest Nesbitt —miró a su amigo—. Esta es mi amiga y cliente, Maud Brook.

Muy galante, Ernest dio la mano a la joven.

Esta lanzó sobre él una quieta mirada. Tenía unos ojos verdes fabulosos, dentro de un rostro no demasiado perfecto.

—Encantada.

—Mucho gusto.

Maud dejó de prestar atención al amigo de su médico.

—Iré el sábado sin falta, Frank. Buenas tardes.

Después miró a Ernest.

—Encantada, repito.

—Igual digo.

Se fue.

Los dos, Ernest y Frank la siguieron con los ojos y vieron que se reunía con un grupo de jóvenes, y se iba camino de la puerta que conducía a la sala de fiestas.

—¿De los Brook de los astilleros?

—Sí —dijo Frank—. Una rica heredera. ¡Riquísima!

—Hum... ¿Soltera?

—Sí.

Frank se llevó el vaso a los labios. Por encima del borde miró a su amigo.

—Y sin compromiso.

—Todos esos mocosos andan a su caza. Imagínate, además no tiene más familiares que su padre.

—Menuda...

—Su padre, que es un hombre de negocios deseoso de encontrar un yerno a su medida.

—¿Y qué medida tiene?

Frank se echó a reír.

—Habiendo tanto dinero por medio... ¡Bah! Imagínate.

Ernest quedó pensativo.

Muy despacio se llevó el vaso a los labios y bebió a pequeños sorbos.

—¿Y qué mal tiene?

—¿Qué mal... qué?

—Qué mal tiene, hombre. Dices que le darás el diagnóstico el sábado.

—Ah... —una loca idea surgió en el cerebro de Frank—. Pues... como ya sabes, soy cardiólogo.

—Sí.

—Pues eso.

—¿Eso, qué?

—Eso...

—Frank, no acabes con mi paciencia.

—¿Pero qué te importa a ti ese caso? Ernest se mojó los labios con la lengua. Estaba un poco harto de ir de un lado para otro. Le gustaba la ciudad de Hastings. Sus amplísimas playas, su clima suave...

—Es posible que deje el hotel —dijo— y busque un apartamento y me quede a vivir aquí.

—Ah —Frank lo estaba pasando muy bien—. ¿De veras? Aquí no tienes tanto negocio como en Londres.

—Puedo hacerlo yo, ¿no?

—¿De qué manera?

—No lo sé —miraba hacia la puerta por donde había desaparecido el grupo de jóvenes de ambos sexos—. Todo depende.

Frank soltó la bomba.

—La pobre Maud está condenada a morir.

Ernest dio un salto.

Soltó el vaso, se inclinó sobre el tablero de la mesa.

—¿Qué... dices?

—Ah... Pensé que te habías dado cuenta.

—¿Cuenta de qué?

—De eso.

—Frank, no acabes con mi paciencia.

—No grites. Nadie sabe nada. Yo soy su médico desde que empezó a ser mujer. Ahora tiene veintitrés años. Está del corazón hecha polvo.

—Ah.

—Un año, dos... No tanto, no tanto. Lo peor es que se morirá sin herederos.

—¿No...? —parpadeaba Ernest mientras hablaba y mientras su cerebro caminaba a velocidad supersónica— ¿puede tener descendencia?

—Bueno, tal vez pueda, pero le costará la vida.

—Oh...

—¿Bebemos otro *whisky*?

—¿No decías que tenías mucha prisa?

Ya no la tenía.

Aquel juego le estaba gustando.

Dos

Ahora soy yo el que va a buscar dos *whiskys* —y en voz más alta dijo—: camarero...

El camarero acudió.

—Dos *whiskys*. Uno con soda y sin hielo. El otro con agua y con hielo.

—Sí, doctor.

Se fue el camarero.

—Aquí te conoce todo el mundo.

—Hombre, la ciudad no es grande. ¿Qué habitantes tendrá Hastings? No sé, pero no muchos, desde luego. No soy estadista. De todos modos, soy demasiado conocido para pasar inadvertido en una cafetería de esta categoría, donde solo viene gente rica... —encendió un cigarrillo y miró en torno suyo—. Es agradable estar aquí, ¿eh?

—Oye, Frank, dices que la chica está condenada a morir.

—Sí —rotundo.

—Pues merece la pena.

—¿Qué dices?

—Yo soy como un gallito entre las mujeres. Las enamoro en seguida. Hace tiempo que ando buscando una mujer

así. Rica, no demasiado guapa, con poca familia, y si está condenada a morir... mejor.

La mirada de Frank era agudísima.

—O sea que... para tus treinta años... esa chica Maud, puede ser... interesante.

—Puede.

—¿No te da miedo que te deje viudo?

—¿Viudo y rico? No, hombre.

—Bueno, pues allá tú. A mí me parece algo bestial. Como me lo parecía lo que me contabas de que buscabas una mujer rica para dejar a un lado tu celibato.

—El amor es lo que es.

—¿Qué es? Porque no me dirás que para ti es esencial.

—Claro que no. ¡El amor! ¡Qué bobería!

El camarero regresó con los dos *whiskys*.

Frank pagó y bebió un sorbo del suyo.

—Voy a tener que irme.

—Oye... ¿estás seguro de que se morirá?

—Anda, pues claro. Pero ella no lo sabe, ¿eh? Ni ella ni el padre. William Brook, si lo supiera, se volvería loco. Ahí, es nada. Millonario, solo y perdiendo a su única hija.

—Supongo que si su hija se casa y tiene un hijo...

—Será la muerte para ella.

—¿El hijo?

—Sí, Ernest. Pareces tonto de remate. Te digo que si tiene un hijo, ella se muere.

—Pero no tiene por qué morir el hijo, ¿no?

—Hombre, no. Pero... ¿qué estás pensando?

—Conquistarla.

—¡Ernest!

—Hace tiempo que busco una cosa así. Ella tendrá el hijo, este será el heredero de su abuelo... Y como a la vez ese heredero será hijo mío...

Frank no movió los ojos.

Se diría que estaba divirtiéndose o maldiciendo el egoísmo de su amigo.

No era fácil saber lo que Frank pensaba en aquel momento.

—Eres un cafre, Ernest. Me duele haberte encontrado. Yo pensé que en tu maldita ansiedad por ser rico, quedaba en ti algo de humanidad.

—Humanidad —farfulló molesto—. ¿Qué es eso? Si estás alto, todos te adulan. Si te caes, todos te pisan. Humanidad. Yo no sé lo que significa esa palabra. Además, he sido rico toda mi vida. Primero, porque mis padres me dejaron una buena herencia.

—Que gastaste en seguida.

—Y, después, porque yo supe componérmelas para vivir como un millonario.

—Entrampado.

—Pero como un millonario, al fin y al cabo. Bueno, como te decía... voy a quedarme en Hastings, y cortejaré a esa chica enferma.

—Ojo con la enfermedad. Ella no sabe nada.

—¿Y el padre?

—Creo habértelo dicho. Tampoco. Yo soy un buen amigo de Will Brook, y no le daré un disgusto por nada del mundo.

—Pero como médico de Maud...

—Hay cosas que vale más ignorarlas. Eso es lo que yo hago con Maud.

Ernest se movió inquieto en la silla.

—¿Estás seguro de que se muere?

—Hombre, tiene una lesión en el corazón como una casa de grande. No hay esperanza.

Ernest se restregó las manos.

—Esta es la mía.

—¡Ernest!

—¿Qué pasa? Me gustaría verte en mi lugar.

—Pero tú, en el fondo, pese a tu egoísmo, siempre has sido un hombre honrado y noble.

—Ta, ta.

—¿Es que estás pensando en serio?

—Y tan en serio. ¿Oye, adonde se va por esa puerta?

—A una sala de fiestas.

—Gracias, Frank. Siento dejarte.

—Oye, oye... No me has dicho si irás a cenar a mi casa esta noche.

—Procuraré ir —le guiñó un ojo—. Según... según se me dé Maud.

—Ernest, ven aquí.

Ernest obedeció.

Tan elegante, tan fino, tan esbelto... parecía un artista de cine. Pero tenía una mirada azul ambiciosa y Frank pensó... pensó muchas cosas.

—¿Qué quieres?

—Le diré a Norma, mi mujer, que irás a cenar con nosotros. Si quieres y puedes... —como al descuido— llévate a Maud a cenar a mi casa.

—¿Es... amiga de tu esposa?

—Bastante. Se conocen lo suficiente.

—Lo conseguiré.

—¿Conseguir, qué? —preguntó Frank entre burlón y grave.

—Casarme con ella.

—Oye, Ernest, recapacita. Es una chica enferma. Es muy noble, muy sensible. No tienes derecho a dañarla. Y, además, te advierto que si te casas con ella, tendrás que trabajar lo tuyo. No creo que William Brook consienta en mantener vagos.

—A veces, uno está deseando hacer algo. Aunque sea poco. Algo que le entretenga. Y los negocios no se me dan mal. Trabajar, además, en la empresa de uno es como un juego divertido.

—O sea, que estás seguro de conquistar a Maud.

—Qué tontería. ¿Me ves cara de bobo?

—Ernest, un segundo más. ¿Estás seguro de que es eso lo que deseas? Es una mujer condenada a morir. Puede

morirse al otro día de casarte con ella. A los dos meses, al año. Maños nueve meses, si cometes la locura de que ella tenga un hijo.

—No me gusta el matrimonio —farfulló Ernest seriamente—. Ya te dije que pude estar casado y que procuro apartarme de las mujeres que me atraen demasiado. Buscaba una rica heredera para cambiar de vida. Pero si además de ser una rica heredera, me garantizas tú que me va a dejar libre dentro de un año o dos meses...

—Eres un tipo bestial.

—Qué bobada. Uno tiene que pensar en sí mismo. Ciao, Frank.

—Aguarda.

—Iré a comer tan pronto pueda. Y si puedo, y yo casi siempre puedo con las mujeres... llevaré a Maud conmigo.

—Oye —parecía sofocado Frank—. Ni una palabra... de su enfermedad.

—¿Me crees idiota?

—Y si llegas a conocer a su padre...

—Que lo conoceré.

—Ni una palabra de la enfermedad de su hija.

—Por la cuenta que me tiene... Pierde cuidado. Ciao amigo.

—Estás loco.

—Bueno, pues sí.

—Oye, Frank...

—Lo siento, Norma.

—¿Y ahora?

—A esperar.

—Frank...

—No me sermonees, cariño.

—Pero...

—¿Se han acostado los niños?

—Sí, pero, óyeme, Frank, querido mío...

Frank no la oía.

Los niños se habían acostado y él tenía unas ganas locas de abrazar y besar a su mujer. Norma era una chica preciosa. Norma estaba llena de ternura. Norma era toda su vida. La besaba mucho. En plena boca. En aquel su hacer voluptuoso.

—Para, Frank...

—Vida mía, si no te he visto en todo el día.

—Es que me has contado algo que...

—Tú tranquila, ¿eh?

—¿Tranquila?

—¿Quieres estarte quieta?

No podía. ¡Frank tenía cada cosa!

Dejó que la besara largamente. Levantó los brazos y le cruzó el cuello con aquel dogal. Besó a su vez, pero entre beso y beso, susurraba.

—Es una locura.

—Sí.

—Frank, deja de besarme.

—No puedo dejar de besarte, cariño.

—¿Y dices que vendrán a cenar?

—No creo.

—Frank, basta y óyeme.

—Querida...

—Es que...

—Ya sé.

—Qué vas a saber.

Un silencio.

Norma era una chica de cabellos leonados, ojos marrones, sonrisa preciosa.

Él la tenía apretada contra sí.

Rodó con ella en el canapé.

—Frank... sé juicioso.

—Hum.

—Basta, Frank.

—¿Basta?